

EL CONTEMPORANEO.

Año III.—Número 332.

Madrid.—Miércoles 22 de Enero de 1862.

Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico establecidas en la calle de Tránsito (Real), núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly, Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, número 10; López, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, o en el correo directamente en letra, fianza o sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las administraciones de correos y principales librerías, o girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y extranjero 20 rs. al mes.

MADRID.

21 DE ENERO.

El Sr. Monares va a tener que seguir el mismo camino que el Sr. Lafuente, porque la mayoría vuelve a sus perennes costumbres.

Hoy ha habido *comestacion*, y si los diputados no asistían con más puntualidad a las sesiones, habrá otra escena como la que le ocurrió a D. Modesto hace pocos días.

El conde-duque, que tiene tanta prisa porque le aprueben los presupuestos, puede aconsejar a sus amigos que se levanten un poco más temprano, y que no vayan tan tarde al Congreso.

¿Qué dirán ahora los que criticaron al Sr. Lafuente? En fin, veremos si el sermón sigue la enmienda, pues, de lo contrario, podrían decir que el señor Monares había predicado en desierto.

Verdad es que cuando ocurre nada de particular, porque los ministeriales andan marcados con el arreglo de la cuestión de destinos, hoy pendiente.

Unos desean ingerirse en los puestos vacantes, otros desean ascender, y hay una *mari-morena* en las regiones del gobierno, que ni en la torre de Babel hubo nunca mayor confusión.

¿Quién es el que antes de ir al Congreso no hace su visita al ministro, para saber si ha de aumentar o disminuir sus esperanzas?

¿Quién no se da una vuelta por las secretarías, para despachar expedientes ó para recomendarlos?

Entre tanto el conde-duque habla, porque como la discusión de los presupuestos no se termina, tampoco pueden quitarse de en medio ciertos estorbos, que impiden la marcha desembarazada del gobierno.

Por un lado, *La Correspondencia* echa a volar sus artículos *amenazadores*; por otro, el presidente *sermonea* a los representantes del país, y por otro el conde-duque suelta la lengua en los pasillos del Congreso, y dice cosas que de oírlos tan solo se echa uno a temblar.

A todo esto, los ministeriales, aun no satisfechos, muerden por detrás al ministerio, aunque por delante no hagan mas que enseñarle los dientes.

El sistema constitucional, regenerado por el conde-duque, es una especie de dictadura con traje parlamentario; y si no, que lo digan los pensamientos del gabinete, traducidos al castellano en los sueltos de los periódicos vicalvaristas.

«Yo me propongo gobernar con las Cortes, mientras las Cortes gobiernan conmigo», dirá para sí el general O'Donnell.

Y en efecto, hace bien S. E.; para eso le costó el trabajo de pronunciarse contra una situación que hacia lo mismo.

El año 54, antes de salir al Campo de Guardias, diría el conde-duque: «¿Qué derecho tienen los polacos para ser gobierno, cuando yo puedo serlo?»

Como que estamos completamente regenerados. Ya no se hacen elecciones ilegales y abusivas, ya no se pide autorización para plantear los presupuestos, ya no hay una multitud de funcionarios en las Cámaras, ya se presenta la ley de incompatibilidades, ya se discute gran número de importantes proyectos en todas las legislaturas, ya no se amenaza a los representantes del país, y ya se concede entera libertad a la prensa.

Todo esto se lo debe el país a los generales Dulce y O'Donnell y a los otros diez *hombres de corazon*.

Si no fuera por la maldita plaga de los *destinos vacantes*, estaríamos mejor que queremos, porque nunca se turbaba la paz y concordia entre los príncipes del vicalvarismo.

Así hay de continuo que ir abriendo un agujero para lavar otro, y al fin al cabo, siempre resultan ciertos disgustillos, que turban la satisfacción de haber regenerado el sistema constitucional.

También nos ha turbado a nosotros la satisfacción

que ayer sentimos, el sueldo que trae esta noche *La Correspondencia*, negando que el gobierno piense en proponer una *amnistía* por delitos políticos.

¿Bastaba que lo hubieran pedido las oposiciones en el Parlamento y en la prensa?

El gabinete, además de las relevantes dotes que le adornan, quiere también, sin duda, conquistarse las de *caritativo y misericordioso*.

En la sesión celebrada el lunes por el Senado se dio cuenta del dictamen de la comisión del alto cuerpo colegislador que ha entendido en el proyecto de ley, disuelto y aprobado ya por el Congreso, para el gobierno económico-administrativo de las provincias. Según las noticias que han dado los órganos de la situación, conformes con las que nosotros tenemos particularmente, el dictamen difiere notablemente y en puntos muy esenciales del proyecto que se discutió y aprobó en la Cámara popular, donde ya sufrió notables reformas, primero en el seno de la comisión encargada de examinarlo, y después en las discusiones públicas.

La historia de esta proyectada reforma es de sumo interés, porque demuestra cuáles son la índole y carácter del gobierno actual, explicando al mismo tiempo en qué consiste su infelicidad, que ahora pretenden atribuir los órganos ociosos del gabinete a las oposiciones, cuando realmente solo consiste en la naturaleza anormal del gobierno y en las condiciones especialísimas de los individuos que lo forman.

Todo el mundo recordará que los hombres de la situación actual fundaban su oposición a las anteriores en la urgencia de llevar a cabo ciertas reformas administrativas y políticas que reclamaban las necesidades de los pueblos y el ejercicio regular de las instituciones representativas: sabido es que el jefe del gabinete y alguno de los ministros que lo forman habían clamado en el Parlamento contra la reforma constitucional de 1857, contra la ley de imprenta que se dió en el mismo año, y contra la extraordinaria centralización administrativa que ahogaba las provincias y los municipios, sirviendo de obstáculo a su desarrollo material y a sus adelantos en todos sentidos.

Parecía natural que los que levantaban una bandera política con la mira nada menos que de constituir un nuevo partido, debían tener resueltas todas las cuestiones, y que en el momento de ser llamados a dirigir los negocios públicos, solo tuviesen que dar formas legales a sus pensamientos; y sin embargo, pasaban los meses y los años, y las ideas del gobierno no se desenvolvían. Días legislaturas celebraron las actuales Cortes, sin que el gobierno diese muestra de su iniciativa. Un ilustre orador, que al fin ha venido a separarse de la situación, como lo han hecho los hombres mas notables que antes la constituían, anunció al gobierno que era preciso salir del período negativo en que hasta entonces había estado, acometiendo las reformas prometidas y desarrollando las ideas y principios escritos en la bandera que levantaron los miembros de la situación para combatir a otros gobiernos.

Presentáronse al cabo por el señor ministro de la Gobernación varios proyectos de ley que, según el tiempo que se había dedicado a su estudio y meditación, debían ser obras perfectísimas como era natural, aquellos trabajos no correspondían a las esperanzas que el público y los hombres de la situación misma habían formado. Homos dicho que esto era natural, porque aun cuando el Sr. Posada fué en sus mocedades progresista y había pertenecido a la fracción que se denominaba *ayacucho*, los años habían modificado notablemente sus ideas, así políticas como administrativas, pasando de un extremo al otro de los partidos liberales; es decir, convirtiéndose de progresista avanzado, en conservador reaccionario y semi-absolutista. Ya había hecho alarde de sus opiniones centralizadoras a la francesa en un curso de derecho administrativo que dió en el Ateneo de esta

corte, y en un libro sobre esta materia que anda impreso. Además, cuando una parte de la comunión conservadora, arrastrada por el ejemplo y escarmentada por los desmanes ocurridos en una nación vecina, quiso reformar y alterar el régimen constitucional, no fué el actual ministro de la Gobernación de los que protestaron contra aquellas tendencias; antes parecía aceptarlas, sirviendo al gobierno que las intentó. Era, pues, evidente que con tales condiciones no había de acertar el Sr. Posada Herrera con la fórmula legal y práctica de pensamientos que no eran suyos y que nunca había aceptado.

Así es que en el seno de las comisiones nombradas para examinar sus proyectos de ley, surgieron dificultades y disensiones, que todavía duran con trazas de no arreglarse en alguna, como, v. gr., en la que entiendo en la ley municipal que, según se infiere de lo dicho por los periódicos semi-oficiales, está convertida en un verdadero campo de Agramante, habiendo recurrido, según costumbre de la situación, al sistema de los aplazamientos indefinidos, como lo indica la noticia que nos ha dado *La Correspondencia*, según la cual, parece que no se discutirá este proyecto en la presente legislatura.

El relativo al gobierno económico-administrativo avanzó mas, a pesar de las gravísimas dificultades con que tropezaba. Todo el mundo recordará las innumerables reuniones que celebró la comisión con asistencia y sin asistencia del señor ministro de la Gobernación. Acosado este por las opuestas pretensiones de sus individuos y por las de los que forman la mayoría del Congreso, después de ceder en algunos puntos, manifestó ante ella, según se hizo público, que ya no podía hacer nuevas concesiones sin perjudicar en su opinión los intereses generales, y sin que se imposibilitase la acción y la influencia legítima del gobierno, a causa de las extraordinarias facultades que se querían atribuir a las diputaciones provinciales.

Estas razones movieron sin duda el ánimo de la comisión, que al fin se decidió a redactar su dictamen, satisfecha con las ventajas que había arrancado para la provincia, y sin aspirar a nuevas victorias, que ya no creyó, sin duda, tan fáciles de obtener. El dictamen no satisfizo, con todo, a una gran parte de la mayoría, pues al empezarse la discusión de la totalidad, usaron de la palabra en contra dos individuos de su seno, de los cuales, el uno ha sido después en una ocasión notable, adalid esforzado del gabinete. Tal y tan grande fué la impresión que produjo en el ánimo del Sr. Posada la actitud de la mayoría, que entonces, con un gusto literario que merece los mayores elogios, pidió palabras al Sr. Campodón para expresar su pena, exclamando: *¡Qué amigos tienes, Benito!*

Razon tenía para lamentarse el señor ministro de la Gobernación, porque en cualquiera otra circunstancia, aquel suceso hubiera producido la caída del gabinete, ó, cuando menos, la suya; mas el Sr. Posada es de los que se doblan, pero no se quebran; así es que empezaron desde luego activas negociaciones, que si no dejaron muy bien parado el amor propio del ex-joven de Llanes, produjeron al menos el resultado para él apetecido, esto es, su continuación en el ministerio. A pesar de sus solemnes protestas, hizo nuevas é importantes concesiones en sentido liberal, no sin defender antes sus opiniones, haciendo así mas patente su derrota, hasta que después de una discusión laboriosísima, que solo produjo la aprobación de la mitad de los artículos de la ley, causados ya los que combatían en cierto sentido, ó esperando que el proyecto no llegaría nunca a ser ley, abandonaron la palestra, siendo aprobados los artículos restantes sin discusión, y en poquísimo tiempo.

Pasó el proyecto al Senado, y antes que se cerrara la anterior legislatura celebró varias reuniones la comisión nombrada para examinarlo, con asistencia del señor ministro. Acalorados fueron los de-

bates que tuvieron lugar, porque se notaron en el Senado síntomas iguales a los que habían tenido lugar en la otra Cámara, y el Sr. Posada Herrera, que ya había cedido mucho, no podía menos de comprender que no era fácil, sin menoscabo de su prestigio, hacer nuevas concesiones. Pero abiertas de nuevo las Cortes, el señor ministro de la Gobernación ha comprendido que después de la disidencia de los Sres. Pacheco, Gomez de la Serna, Roda y Pastor Diaz, no era posible presentarse con entereza ante la comisión del Senado, sin peligro de que los pocos ex-progresistas que aun apoyan al gabinete, siguieran el ejemplo de sus compañeros. Así es, que procediendo en esta legislatura de un modo diametralmente opuesto al que había seguido en la anterior. El Sr. Posada no ha opuesto ninguna resistencia a las modificaciones propuestas por la comisión del Senado, que tal vez no satisfagan a todos. Será un trabajo curioso, y prometemos hacerle, la comparación entre el primitivo proyecto del Sr. Posada y lo que resulte de la discusión de la alta Cámara.

Esta falta de consecuencia en el gabinete no prueba modestia y deseo de acierto, como pretenden sus defensores, sino una carencia absoluta de principios y de ideas políticas. Además, esas vacilaciones producen, y no pueden menos de producir, la infelicidad de la situación, así como la divergencia y heterogeneidad de los elementos que la constituyen son los verdaderos, los únicos obstáculos con que el gobierno tropieza en su marcha. Después de todo el tiempo gastado en la discusión del proyecto de ley para el gobierno económico-administrativo de las provincias y el que aun se emplee en discutir el dictamen de la comisión del Senado, como este es distinto de lo que aprobó el Congreso, habrá necesidad de nombrar una comisión mixta que difícilmente logrará ponerse de acuerdo a causa de las especiales circunstancias que se halla la situación, con motivo de la lucha cada vez mas encarnizada que existe entre los elementos de la mayoría. ¿Si no es posible poner de acuerdo a los conservadores y resellados de la Cámara popular, cómo han de llegar a entenderse los individuos de las dos Cámaras que proceden de diverso origen? En vista de estas circunstancias que todo el mundo conoce, es verdaderamente eándido que los partidarios del gabinete quieran atribuir a las oposiciones lo que es hijo de la constitución de las actuales mayorías parlamentarias; en ellas están los obstáculos mas insuperables para el gobierno, y por ellas se verá prelado a disolver las Cortes.

En medio de las disensiones y turbulencias que agitan a la mayoría, observase, sin embargo, que cierta clase de hombres no tienen suficiente valor para abandonar las filas ministeriales, y siguen apoyando al vicalvarismo, porque, sin duda, su misión en la política es apoyar toda clase de ministerios, llámense como quieran, y sigan la marcha que les acomode. Esos hombres, que en el 53 fueron *polacos*, y en el 55 *progresistas*, y en el 57 *moderados*, y en el 61 *neo-católicos*, continúan en el 62, y continuarán mientras el conde-duque dirija los negocios del país, prestándole su adhesión, a pesar de hallarse dispuestos el día que caiga el actual gabinete, a ponerse al lado del que le sustituya, aunque sea mas reaccionario ó mas avanzado, porque ellos solo atienden al servicio de sus intereses personales, descartando todo lo que se refiera a principios y doctrinas.

Estos personajes, verdaderos *Correspondencias* de carne y hueso, se dividen en dos grupos: el de los que están acostumbrados a sostenerse del presupuesto y a servir por el destino y el sueldo a todas las situaciones, y el de los que aparentando, y aun creyéndose ellos mismos *independientes*, porque disfrutan reatas propias y no son empleados, humillan, sin embargo, su cerviz ante el poder, cometiéndose mil adulecerías, aparte de la nunca interrumpida inconsecuencia de que ofrecen buen ejemplo.

Mucho podría decirse de los primeros que forman

la hueste oficial, provocadora y bulliciosa en todos casos; mucho podría decirse de esos, que en el instante de caer un gabinete, se deshojan en censuras contra él, a pesar de que antes le encomiaban y le ensalzaban; pero que en seguida aplauden y adulan al que sube, para captarse su favor y seguir sirviéndolo y firmando en la nómina, que es el único afán de su existencia. No es que nosotros creamos que todos los funcionarios públicos deben ser hombres políticos, ligados a tal extremo a las situaciones, que cuando una situación desaparezca tengan que desaparecer con ella todos los empleados de cualquier categoría, no: antes por el contrario; lo útil, lo conveniente sería que ningún funcionario, excepto los que sirven aquellos cargos puramente políticos y de la confianza del gobierno, tuviese nada que temer del cambio de los gabinetes, ni se rozase en lo mas mínimo con la marcha de las situaciones.

Peró a parte de estos, cuántos hay que comercian con la política y se valen de ella para escalar los mas altos puestos oficiales, sin otros antecedentes que el de haber antes adulado a ministeriales que siguieron opuestas sendas, que practicaron diversas doctrinas y que rindieron culto a distintos principios? Los hombres de tal clase, y cuenta que en las filas vicalvaristas existe un gran número, no debe vengarse ningún gobierno de que le apoyen, porque puede estar seguro que mañana apoyará también al que le sustituya, como ayer apoyaban a sus antecesores.

Esos hombres están siempre contentos y pagados con un puesto en el festín; con un beneficio personal cualquiera, con que se les deje estampar su firma en la nómina del Estado.

El segundo grupo de los personajes que nos ocupan es el de los que con ciertas pretensiones se llaman *independientes*, y sin embargo, son por lo general aun mas humildes servidores de todas las situaciones. ¿Qué vale tener alta posición en la sociedad y honores, y riquezas, si esa posición, y esas riquezas, y esos honores solo sirven para poner en completo ridículo al que los posee, cuando se vé que le falta el carácter, la dignidad, la consecuencia y otras muchas dotes que deben tener los hombres que se dedican a la política? ¿Hay precisión acaso de sentirse en el Parlamento, de intervenir en los negocios públicos, de tomar parte en la confección de las leyes, ni de alternar en las cuestiones que a la política se refieren? ¿Por qué, pues, existen hombres que poseyendo una fortuna y no contando con las condiciones necesarias de carácter, de energía, de consecuencia y de firmeza de principios, quieren hacer el papel de servidores fieles, esponiéndose a la crítica del país y a las mas justas y amargas censuras?

Varias veces hemos notado que ciertos periódicos ministeriales pretendían hacer pasar por *independientes* a algunos, que no cobrando sueldo del Estado, y viviendo de sus rentas, apoyaban al ministerio a todo trance, y nos hemos dicho: ¿qué entenderán los vicalvaristas por *independencia*? ¿Pues no ven que esos hombres que hoy dan su apoyo al vicalvarismo, son los que apoyaban el año 53 al conde de San Luis, y el año 55 a Espartero, y el año 58 a Narvaez? ¿Pues no conocen que esos personajes no tienen idea fija de lo que son principios políticos, ni de lo que son doctrinas, ni nada mas que deseo de ponerse al lado de todos los gabinetes?

Verdad es que de esta clase de hombres se valen los gobiernos por lo que pueden servirles; pero no pueden contar con ellos los partidos, porque es seguro que el día de la desgracia correrán a alistarse en las filas de la nueva situación, y lo mismo se vestirán la levita de *miliciano* que la casaca de *realista*.

Liámense, enhorabuena, los ministeriales *independientes*; el país conoce demasiado la independencia de tales sujetos, y los partidos no la ignoran. Como viven de continuo sirviendo al poder, sacan su provecho y hacen su negocio, y cuando alguien les echa en cara su inconsecuencia, suelen contestar

FOLLETTIN DE EL CONTEMPORANEO.

TARASS-BOLBA, POR NICOLAS GOGOL.

Los caballos empezaron a saltar, encabritarse y caer; los polacos rodaban al suelo.

En este momento los cosacos de Korsum que permanecían de reserva detrás de las carretas, hicieron una descarga al enemigo.

Los polacos perdieron su presencia de ánimo y se desordenaron, a la par que los cosacos, alentados, gritaban:

—¡Victoria! ¡Victoria!

Sonaron los clarines y enarbolaron la bandera del triunfo. Los polacos huían desbandados en todas direcciones.

—¡No! ¡No! dijo Tarass mirando las puertas de la ciudad; aun no hemos triunfado.

Y decía la verdad. Las puertas de la ciudad habían sido abiertas, y por ellas salía un regimiento de husares, flor y nata de los regimientos de caballería.

Todos los soldados montaban *aryanats* (1) bayo-osuro. Delante de los escuadrones cabalgaba un caballero, el mas hermoso y osado de todos.

Sus negros cabellos flotaban por debajo de su casco de bronce, y llevaba ceñida al brazo una rica banda bordada por la mas bella de las mujeres.

Tarass se quedó estupefacto al reconocer en él a su hijo Andry.

Indignado este por el ardor del combate, ávido de conquistar el presente, que adornaba su brazo, se precipitó adelante como un joven lebral de caza, el mas ligero y ardiente de toda su trahalla.

—¡Ah! grita el cazador experimentado, y el lebral parte disparado como una flecha.

El anciano Tarass se detuvo, y miró cómo Andry se abría un paso hiriendo a diestro y siniestro, y haciendo retroceder a los cosacos.

—¿Cómo! exclamó. ¡A los tuyos! ¡Hieres a tus hermanos! ¡A tus hermanos, hijo del diablo!

Pero Andry no observaba si los que tenía delante eran amigos ó enemigos; no veía nada.

Solo veía bucles de cabellos, largos y ondulantes bucles, una garganta semejante a la del cisne de los ríos, un cuello de nieve y unas blancas espaldas; en suma: todo aquello que Dios creó para atraer los besos mas insensatos.

—¡Hola, camaradas! gritó Tarass; ¡atrádmeme; atrádmeme solo al bosque.

E inmediatamente se destacaron treinta cosacos de los mejor montados para atraer a Andry hacia el bosque.

Partieron en línea recta como una exhalación para cortar el camino a los husares y pasaron entre estos y su jefe, a fin de que Andry siguiese avanzando solo. Cuando lo hubieron conseguido giraron a la derecha, cayeron sobre los husares y los acochillaron.

Andry seguía corriendo adelante.

Entonces Golokopitenko dió un golpe de plano con su sable al caballo de Andry, y todos los cosacos se disminuyeron y huyeron como sombras.

Con qué rapidez se lanzó Andry en su persecución! ¿Cómo le hervía la sangre en las venas!

Hundió sus espuelas en los flancos de su caballo, y voló detrás de los cosacos, sin volverse ni mirar atrás, de modo que no vio que solo le seguían una veintena de los suyos.

Los cosacos, huyendo con toda la rapidez de sus caballos, llegaron al bosque.

Andry, que los seguía a todo escape, iba a alcanzar a Golokopitenko, cuando de repente sintió y vio que una mano poderosa detenía a su caballo por la brida.

Andry volvió la cabeza, y vio a Tarass.

Tembló todo su cuerpo, y pasóse pálido como un estudiante sorprendido por su preceptor al intentar una calaverada.

La ólera de Andry se apagó como por encanto. Solo le veía delante de sí a su terrible padre.

hermanos y la religion de sus padres... ¡Echa pié a tierra!

Andry, obediente como un niño dócil, se apeó del caballo, y se detuvo, ni muerto ni vivo, delante de su padre.

—¡Permanece allí, y no te muevas! Yo soy quien te ha dado la vida, y yo quien debe quitártela! dijo Tarass.

Y retrocediendo algunos pasos, preparó el mosquete que llevaba colgado a la espalda.

Andry estaba pálido como el lienzo. Sus labios se agitaban para pronunciar un nombre. Y aquel nombre no era el de su patria, ni el de su madre, ni el de sus hermanos; era el de la hermosa polaca.

Tarass apuntó e hizo fuego.

Semejante a la espiga cortada por la hoz, Andry dobló la cabeza y cayó sobre la yerba, sin pronunciar una palabra.

El asesino de su hijo permaneció inmóvil contemplando el cadáver inanimado. Andry era hermoso aun después de muerto.

Su viril semblante, tan animado momentos antes por la cólera y el valor, era en aquel instante soberanamente bello.

Sus largas pestañas, negras como el terciopelo de los lutos, sembraban sus pálidas mejillas.

—¿Qué le faltaba para ser un buen cosaco? dijo Bolba. Era de elevada estatura, con negras pestañas, semblante distinguido, y tenía una mano dura en el combate; ¡y ha perecido sin gloria, como un perro!

—¡Padre! ¿Qué has hecho? ¡Eres tú quien le ha matado? preguntó Ostap, que llegaba en aquel momento.

Tarass contestó con un gesto afirmativo.

Ostap miró fijamente el rostro del amado cadáver, y dijo:

—Padre; démosle honrosa sepultura, a fin de que los enemigos no puedan insultarle y que las aves de presa no se lleven pedacitos de su carne.

—¡Desgracia, ataman! Los polacos se han fortificado y recibido un refuerzo de tropas derechoso!

Aun no había Golokopitenko acabado de pronunciar estas palabras, cuando acudió Vortusenko.

—Desgracia, ataman, gritó: otro cuerpo de polacos carga sobre nuestras gentes.

Aun no ha terminado Vortusenko esta frase, cuando se presenta Pisarenko, que llega jadeando y sin caballo.

—¿Dónde estás, padre? Los cosacos, dice, te buscan. El ataman del kuren de Nevitichki, ha sido muerto: Zadorojni ha sido muerto: Tchevritchenko ha sido muerto: pero los cosacos resisten aún, y no quieren morir sin haberte visto una vez; ¡todos piden que les veas morir!

—¡A caballo, Ostap! gritó Tarass.

Y se precipitó a escape, ansioso de encontrar firmes a los cosacos, para verlos por última vez y morir con ellos, cual cumplía al ataman.

Pero no había salido aun del bosque, cuando ya las fuerzas enemigas le habían cercado por todas partes; y a través de los árboles aparecían caballeros armados de sables y lanzas.

—¡Ostap! ¡Ostap! ¡Tante firme! exclamó Tarass.

Y tirando del sable, empezó a acochillar a los primeros con quienes tropezó.

Seis polacos se precipitan sobre Ostap; mas parece que han elegido mal el momento. Corta al uno la cabeza; derriba al segundo, atraviesa con la lanza al tercero; el cuarto, mas audaz y mas diestro, evita la bala que Ostap le dirige a la cabeza, pero que hiera al caballo, le hace encabritarse, cae al suelo, y aplasta a su ginete.

—¡Bien! ¡hijo! ¡Bien, Ostap! grita Tarass. Corro en tu auxilio.

Y rechaza a los que le acometen: Tarass multiplica las cuchilladas, hiera a unos y a otros, y sin apartar la vista de Ostap, el cual lucha cuerpo a cuerpo contra cuatro polacos a la vez.

—¡Ostap! ¡Ostap! ¡Firme! ¡Duro!

Pero Ostap lleva la peor parte: háble arrojado un *arkem* al cuello; le han rendido y agarrado, y su padre, que lo ve todo, no puede liberarle.

momento brillan sus miradas con el fuego de la llamada del osón y del relámpago: luego cae a tierra, semejante a la encina derribada por el leñador, y una espesa niebla oscurece sus ojos.

X.

—¡Creo que he dormido muchas horas! dice Tarass al despertarse como de un penoso sueño, ó como un hombre ebrio, que hace grandes esfuerzos para reconocer el sitio donde se halla y los objetos que le rodean.

Una debilidad terrible há como destruido sus miembros. Apenas pudo distinguir los ángulos y las paredes de un aposento que le era desconocido.

Por último, notó que Torkatch estaba sentado a su lado observando atentamente su respiración.

—Si, pensó Torkatch; habrías podido dormirte con el sueño eterno.

Pero guardó silencio e indicó por señas a Tarass que le imitase.

—Pero dime, ¿ónde nos hallamos en este momento? dijo Tarass reuniendo todas sus ideas y procurando recordar lo ocurrido.

—¡Calla! exclamó bruscamente su camarada. ¿Qué mas quieres saber? ¿No ves que estás cubierto de heridas? Hace dos semanas que huimos a todo escape y que el calor y la calentura te hacen delirar. Hoy has dormido tranquilamente por vez primera; cállate, pues, si no quieres perjudicarte.

Pero Tarass continuaba ordenando sus recuerdos.

—Creo que fui cercado y hecho prisionero por los polacos, y que me fué imposible abrirme paso a través de sus filas.

—¡Acabarás de callar, hijo de Satanás! exclamó Torkatch encolerizado, y como un hombre cuya paciencia han agotado los gritos de un niño mimado. ¿Para qué necesitas saber de qué modo has sido librado? Basta con que estes libre. No han faltado amigos que te trajeran a este sitio; bastante es esto. Aun tendremos que correr juntos mas de una noche, ¿crees que te han tomado por un simple cosaco? ¡No! te cabeza ha sido puesta a precio, y evaluada en dos mil ducados.

—Y Ostap? exclamó de repente Tarass, intentando sentarse en su lecho, y cual si recordase de pronto que se habían apoderado de Ostap a su vista, sin poder impedir que le agarrarosen.

Entonces se apoderó el dolor de aquella anciana cabeza.

(Se continuará.)

(1) Caballos parras.

